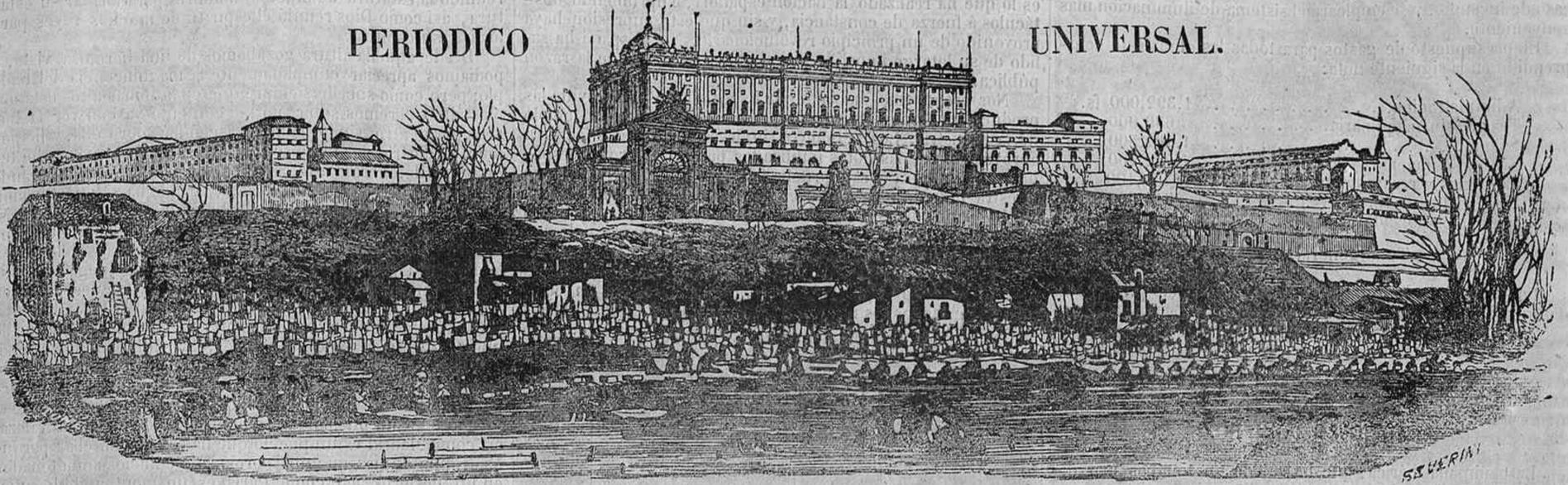


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 2.º—SABADO 10 DE ENERO DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 50.

## PROYECTO DE UN TEATRO DE ÓPERA.

La Academia Real de Música no solo es un establecimiento de gran renombre, que contribuye al desarrollo de las bellas artes, sino una institución que impone una contribución voluntaria á todos cuantos llegan á París, quienes por lo mismo coadyuvan poderosamente á su prosperidad. Su edificio por desgracia no es mas que un teatro provisional.

El nuevo que se propone debe construirse en la línea de los boulevares, paseo favorito de la sociedad elegante: quedará aislado por todas partes; al Sur por el boulevard de los italianos, al Este por la calle Grange-Batelière, al Norte por la prolongación de esta misma, y al Oeste por la calle Chanchat, continuada hasta el boulevard, á través del teatro que hoy existe, prolongando la galería Oeste del Pasaje de la Opera.

El edificio propuesto se compone de cuatro partes distintas: sala de conciertos, gran salon, teatro y administración con sus dependencias. Diferentes galerías, vestíbulos y escaleras enlazan estas partes. Su planta baja consta de un vasto pórtico circular con fáciles salidas para los que van á pie, y se comunica con las galerías que rodean el edificio, hasta las cuales pueden llegar los carrua-

jes por cualquier lado que se presenten. Dichas galerías ofrecen cómodo abrigo á todas horas, y en ellas se preparan magníficas tiendas, que ahuyentarán el aspecto tristísimo reser-

lace superficial hasta la administración, de modo que en un baile podrán caber en aquel salon monstruo doce mil personas.



Proyecto de un teatro de Opera.



Otro proyecto reformado de teatro de Opera.

vado á los establecimientos que ahora ocupan aquel sitio.

El pórtico circular da entrada al vestíbulo del centro, en comunicación con el café del teatro, el cuerpo de guardia, el depósito, las escaleras secundarias, las galerías laterales, y con las dos grandes escaleras que conducen al salon y á la sala de conciertos.

Esta última se encuentra en el primer piso y está llena de columnas, en las cuales figuran las estatuas de la Poesía, la Música, el Baile, la Pintura y la Arquitectura, etc. etc. Los palcos cuartos se hallan al nivel de la tribuna, comunicándose por el centro y por las galerías con el salon, con el teatro y con la administración.

El teatro, mas vasto que el actual, podrá tal vez agrandarse mas. En la administración se encuentra todo lo necesario para su servicio, como entradas particulares para los actores, decoraciones y otros mil objetos: por último se ha tratado de que durante el día no sea preciso acudir á la luz artificial en ninguna parte del edificio.

En pocos minutos pueden unirse el proscenio y el teatro, y este y el salon: tambien puede estender su en-

Toda la construcción será de materiales incombustibles, como piedra mármol, granito, ladrillo, metales y cristalería; habra bombas siempre dispuestas á acudir á todas partes, en caso de incendio, y se empleará el sistema de iluminación mas conveniente.

El presupuesto de gastos para todas las obras está comprendido en la siguiente nota:

Administración. . . . .	1.392,000 fs.
Teatro, sin maquinaria. . . . .	630,000
Salón. . . . .	1.102,500
Sala de conciertos y escaleras. . . . .	1.922,400
Máquinas y resarcimientos. . . . .	439,100
Imprevistos. . . . .	514,000
Inmuebles por adquirir. . . . .	2.800,000
<b>Total general. . . . .</b>	<b>8.800,000 fs.</b>

Los tres grabados que ofrecemos del edificio proyectado dan una idea aproximada de su magnificencia.

**ESPAÑA EN LA ESPOSICION.**

**ARTICULO PRIMERO.**

La península ibérica, que ha sabido en tiempos mas dichosos para ella, mostrarse sabia, literaria, artística, marítima y guerrera, según lo testifica su brillante historia, ha tenido tambien tiempos de prosperidad industrial. Portugal, español tambien en otra época, encontró muchas veces á su hermana, rival en los derroteros del Congo, de Daman, de Goa y de Maca, y los descendientes de Albuquerque recuerdan todavía la poderosa concurrencia que les hacían los armadores de Cádiz en las costas de Mozambique.

Las manufacturas españolas habían adquirido, antes de la expedición de Cristóbal Colon, un desarrollo que, aunque limitado respecto al consumo general y á los escasos mercados que entonces existían en el mundo, ofrecían sin embargo un porvenir tan lisonjero como brillante á esta nación favorecida por un terreno fertilísimo y un clima envidiable. El descubrimiento del Nuevo-Mundo interrumpió de golpe la carrera laboriosa de los inteligentes discípulos de los moros de Granada; al aspecto de las ricas minas de Popayan y del Perú, la España absorba se cruzó de brazos; su agricultura, sus tejidos y cuanto hasta entonces había reclamado la doble acción del pensamiento y de la obra material del arte y de la industria, quedó sacrificado ante las aras del nuevo dios; toda la España soñó riquezas, como si con el oro en polvo hubiera de alimentarse y vestirse. La sed del oro apagó en ella el espíritu creador de las producciones útiles, civilizadoras y durables, y mientras se estasiaba en El Dorado, sus campos se agostaron y sus máquinas desaparecieron, de modo que por adquirir todas las riquezas del Nuevo-Mundo, perdió completamente las suyas propias, mucho mayores y mas preciosas que aquellas.

España ha monopolizado por mucho tiempo á la América metálica, y antes de que la plata y el oro circularan en Francia, Inglaterra y Alemania, pasaban directamente á ella desde el continente trasatlántico: España pues era en aquellas épocas la nación brillante, rica y próspera por excelencia; pero á esta circunstancia debió notables atrasos en todos los ramos que elevan á una nación y aseguran su futuro destino.

Justo será recordar que nuestro país ha sido la causa esencial del establecimiento de muchas fundaciones industriales y artísticas en Francia, Alemania é Inglaterra, porque mientras tuvo oro, se entregaba al fausto, y si no trabajaba, hacia trabajar, y haciendo trabajar á fuerza de oro, enriquecía naturalmente á los estranjeros de dos modos: primero, facilitando la fundación de sus grandes establecimientos industriales, propiedades duraderas, manantiales de productos, y por consiguiente de rentas; y segundo, trasmitiéndoles su plata en cambio de objetos manufacturados. Ella al mismo tiempo caminaba hácia su ruina, porque haciéndose perezosa por un lado, gastaba por otro todos sus caudales.

Al fin de cuenta, fué amontonándose el oro español en el Norte de Europa á causa de los cambios que se efectuaban entre las onzas peninsulares y los artefactos franceses, ingleses y alemanes, resultando que toda la riqueza metálica de nuestro país, todo su numerario pasó á Francia, Inglaterra y Alemania, sin contar con que estas naciones se encontraron al mismo tiempo en posesión de sus establecimientos industriales y sus costumbres laboriosas, precisamente cuando la España, acostumbrada á su opulenta ociosidad, sin fábricas y próxima á quedarse sin recursos, caminaba hácia su ruina.

Bien probado está efectivamente que el oro del Nuevo-Mundo, haciendo perder de vista á nuestra nación que la verdadera riqueza estriba en la industria, fué la causa primera de su decadencia, y que por el contrario, aquel oro, representando un papel diametralmente opuesto respecto á otras naciones, esto es, señalándose la industria como la base esencial de la riqueza pública, determinó de una manera positiva esa prosperidad envidiable que hoy disfrutan.

En consecuencia del desquiciamiento á que la arrastró el error de su sistema económico, España ha permanecido abatida por largo tiempo; desgracias sin cuento han pesado sobre ella; las guerras civiles, resultado de la pereza y del descontento que esta origina, y el despotismo, corolario inevitable de las revoluciones, han ensangrentado su hermoso y fecundo suelo, comprometido la seguridad de las relaciones sociales entre sus hijos, y hecho estéril durante algun tiempo el trabajo de esta nación tan digna de mejor suerte.

Pero ya empieza á brillar en ella luz. Despues de tantos sacudimientos, España se levanta de su prostración, y las naciones industriales se han admirado al verla acudir á la cita universal de la ilustración del mundo, y han fijado con emoción sus miradas en el puesto que ocupaba en la Exposición esta antiquísima gloria de la antigua Europa.

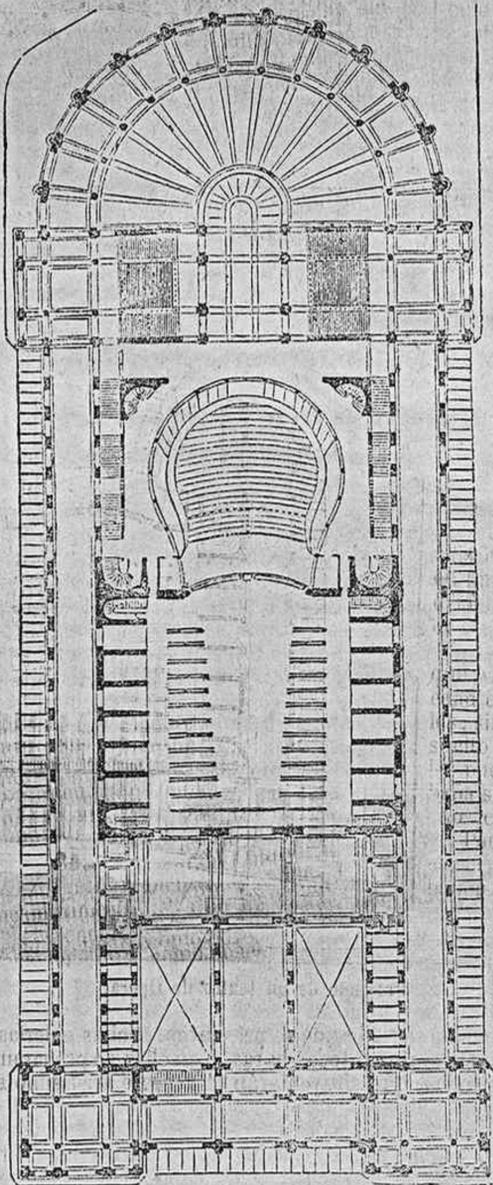
En sus producciones ha hecho gala de la independencia de su carácter y de la generosidad de sus recursos. Su presencia en la Exposición explicaba su gran poder: los esfuerzos que esta nación sin ventura está haciendo para triunfar de los obstáculos múltiples que comprimen sus instintos utilitarios, son

casi inconcebibles; la dificultad no consiste en el progreso, sino que reside completamente en el acto de moverse, á pesar de las trabas, haciendo que estas queden destruidas: esto es lo que ha realizado la nación española, suprimiendo obstáculos á fuerza de constancia, y sin que esta supresión haya provenido de un principio revolucionario. No: España ha salido de su letargo impelida por el poderoso deber de la razón pública.

Nos proponemos hablar de la Exposición española y de las producciones que este país ha presentado en el gran templo de la industria. Los periódicos ingleses y franceses se han aprovechado de las notas publicadas por el encargado español en Londres, y esto prueba la importancia del papel que nuestra industria ha representado en el Palacio de Cristal.

Los que nos creían enteramente atrasados, los que nos juzgaban semi-bárbaros, habrán podido desengañarse de que con acertados estímulos á la industria y á la instrucción pública, se lanzará siempre esta nación á emprender utilísimos trabajos, que la hagan sobresalir, como sobresalió en otras épocas, en todos los ramos del saber humano.

(Continuará.)



Plan del proyecto de un teatro de Opera.

**UN PASEO DESDE EL TAJO AL RHIN.**

DESCANSANDO EN EL PALACIO DE CRISTAL.

(Continuacion.)

París 15 de julio.

Una vez que empezamos á examinar á París por el piso bajo, proseguimos las escursiones subterráneas visitando el Panteon Nacional.

Llevaba yo conmigo, al visitar á este templo, una malísima prevención, y esta era el saber que servía de mausoleo á Voltaire. Parecíamos un contrasentido que Voltaire estuviese encerrado en un templo, y no dejaba de inspirarme curiosidad el ver cómo podían estar bajo la misma bóveda Dios y él. Pero bien pronto salí de la duda, cuando vi que había desaparecido de aquel templo la bendita insignia de la cruz, dejando el sitio libre para una estatua de la Inmortalidad, que la revolución de Julio dispuso erigir en él. Ya decía yo, Emilio: Voltaire podía estar con la inmortalidad, tal como los franceses la representan; pero con Dios, imposible. Tan pronto como Voltaire se acercó en el Panteon, el templo fué abandonado por la divinidad. La inscripción de la entrada dice que este templo es para los grandes hombres. No todos los templos son para Dios, ni todos los hombres son para santos. Hay tambien templos para los hombres, y hay hombres que aunque son grandes no son santos.

Penetramos en aquellas bóvedas, y me sorprendió su elevación. Yo no entiendo de arquitectura ni alcancé á graduar los metros que puede tener; pero me parece, Emilio, que echando á volar á una águila, no alcancaría á distinguirla desde abajo cuando llegase al fin de la bóveda, á pesar de la clarísima luz que la ilumina.

La capilla se compone de tres cúpulas. La primera descansa sobre diez y seis columnas, y tiene en el borde superior un hermoso balcon circular, al cual subí para contemplar de cerca los frescos de Gros y de Gerard. Yo había apre-

ciado las grandes proporciones de Carlo-Magno por la figura que representa la historia; pero todavía me ha parecido gigantesca la que hay pintada en la bóveda del Panteon. Gros ha reunido la estatura de muchos hombres para formar su estatura, así como Dios reunió el espíritu de muchos reyes para formar su espíritu.

Desde aquella altura gozábamos de una hermosa vista, y podíamos apreciar cumplidamente la magnificencia del templo; pero como sucede siempre que cuanto mas altos estamos mas alto queremos subir, no me contenté ya con ver la bóveda por dentro, sino que quise ascender sobre ella, y he podido verificarlo por una escalera exterior. Varias veces he tenido que detenerme á tomar aliento, hasta llegar á la baranda que corona la elevada torre, y grande ha sido la emoción que he experimentado al verme en la altura dominando á París. Ya conozco por fin la fisonomía de este gran pueblo, que tiene al mismo tiempo la alegría del niño, la flogosidad del mozo y la debilidad del anciano. De este pueblo que juega, rie y se divierte en la campiña; que brama, lucha y se despedaza en las calles; que medita, habla y se duerme en las asambleas.

Paréceme, al ver su estension, que París no es un pueblo que está en medio de los campos, sino que son los campos que están dentro de un pueblo. Son bosques, valles, selvas, llanuras, colinas, rios y montañas, comprendidos en un círculo que ha trazado el compás de la civilización.

París es un pueblo que se ha coaligado con la naturaleza, así como Madrid es un pueblo que ha reñido con ella; porque Madrid no es mas que una porción de edificios amontonados en un desierto, así como París es un monton de bosques agrupados en un pueblo. En Madrid es todo cal, yeso, madera y pintura; en París los edificios parecen tambien parte de la vegetación, porque están unidos á ella. Desde aquí veo confundidos los árboles y las casas, los bosques y los monumentos, las riberas y las calles. El bosque de Boulogne, el boulevard, los Eliseos, me parecen desde aquí montes, donde tú, Emilio, temerías hallar lobos, y donde habitan los hombres mas cultos y refinados de Europa.

Por eso he observado desde que entré en este país que la línea divisoria que hay en España entre el madrileño y el campesino, no existe en Francia entre el campesino y el parisiense. Como la campiña forma parte de París, el campesino es el ciudadano. Como en Madrid no hay sino desiertos, desde que se sale de la población, el campesino no solamente no es el cortesano, sino que no es tampoco, propiamente hablando, el campesino, sino el salvaje, el bruto.

Este fenómeno se observa en las cercanías de Madrid. Cuanto mas inmediata se halla una aldea del centro de la civilización, mas ruda, mas ignorante. ¿No te contó, Emilio, que en Pinto, que es un pueblo que está á pocas leguas de Madrid, se ponían las gentes en medio de la vía del ferro-carril de Aranjuez, para no dejar pasar el vapor?

Esto se explica fácilmente por la misma concentración en que vive el pueblo de Madrid. A los hombres de la primera edad del mundo les hubiera parecido imposible vivir sin árboles, sin sol, sin aire y sin agua; y no obstante Madrid ha resuelto este problema; porque no creo que en conciencia se les pueda llamar árboles á los del Retiro, ni sol al que no baña si no los tejados ni aire al que se respira en los estrechos cuartos, ni agua á la del Manzanares.

París, según veo desde aquí, no solo ha necesitado abarcar en su círculo los bosques y los rios, sino que despues de haber convertido los campos en plazas y en paseos, construye multitud de casas que van á poblar nuevos campos, y cuya perspectiva en el confin del horizonte me hace dudar de si París tiene límites en alguna parte de Francia ó si todo Francia es París.

He observado tambien, por esa afición de los franceses á la campiña, por esa sencillez con que he visto alrededor de París centenares de familias sentadas entre los árboles, comiendo frugalmente, que en Francia tienen las costumbres mucho de los tiempos de la Arcadia, mucho de la poesia Pastoral. Pero no me he hecho la ilusión de creer que es por eso un pueblo mas inocente. Al contrario, he creído que este es un síntoma de su corrupción. Los pueblos que empiezan y los que acaban se parecen en sus caprichos como se parecen en sus gustos el niño y el viejo. La vida campestre que divierte al niño, fastidia al mozo y vuelve á divertir al viejo. La educación que un hombre recibe cuando niño, no se revela claramente sino en la vejez. Los gustos ó los caprichos que tenían los hombres cuando habitaban los campos, puede ocultarlos la sociedad en su período de cultura; pero en el de su decadencia vuelven á manifestarse con los mismos rasgos que en la edad primitiva. Triste es confesarlo, pero los franceses no van al campo por el placer de la inocencia, sino por el hastío de la sociedad; no los lleva la contemplación del espíritu á las bellezas de la creación, sino el embotamiento de sus sentidos, que despues de haber apurado todas las sensaciones que ofrecen los goces de la sociedad, vienen ya de retorno al materialismo. No se entregan en fin puerilmente á las danzas y á los juegos del campo, porque son todavía niños, sino porque están chochos. La sociedad, fatigada de gozar y de sufrir con la inteligencia pugna por embrutecerse y se disemina en los campos de donde ha salido. Allí nace y allí muere.

Y ahora que hablo de muerte, recuerdo, Emilio, que no he venido al Panteon á hablar de los vivos, sino á visitar á los muertos.

Pensando en bajar á un subterráneo nos subimos á las nubes, y no es poco lo que hemos tenido que descender para ver á los grandes hombres.

¡Oh! decía yo, cansada de desandar gradería tras gradería, ¡qué profundo está Voltaire! Pero al decir esto no me hacía cargo de que veníamos del cielo, y que por eso nos parecía que Voltaire era mas profundo. Claro era que cuanto mas nos hubiéramos acercado á los ángeles, mas lejos habíamos de estar de Voltaire.

Bajamos por fin hasta la puerta del Panteon, que es de hierro puro. Parecióme sobrada defensa para la entrada de un osario, y pensé para mí si acaso los franceses tienen miedo de que se escape Voltaire de la tumba, cuando lo encierran con puertas de hierro como las de una prisión de Estado.

Aguardaban en aquel sitio unas doce personas la llegada del alcaide de la fortaleza, que se presentó con el uniforme

que conservaba todavía de la primera campaña que hizo con Napoleón, según tuvo la paciencia de referirnos mientras llegaba mayor número de gente, para abrir las puertas del subterráneo.

Yo no comprendí al principio por qué era indispensable que se reuniese mas gente para visitar á los grandes hombres; pero por los resultados supe despues que consistía en que no pagando cada persona sino dos sous (1) por bajar al subterráneo, y no llegando el número de los concurrentes á veinte, resultaba que por menos de cuarenta sous no podía nuestro retirado enseñarnos á los grandes hombres.

Unos quince minutos estariamos aguardando á que arreglase su cálculo, y por último con la llegada de otros contribuyentes abrió las ferradas puertas, y llevando en la mano derecha un enorme baston, cuya importancia conocimos mas adelante, y en la izquierda un farolillo, comenzó á guiarnos por aquellas tinieblas.

La estension del subterráneo corresponde á las construcciones del edificio superior, y presenta una galería circular de bóvedas, bajo las cuales hay varios sepuleros.

Llegó el retirado á uno que estaba á la derecha, y dijo ligeramente apuntando con su baston. —«Este sepulero es de un poeta que se llamaba Juan Jacobo Rousseaux.» y pasó adelante como si dijéramos «Aquí yace un clérigo que se llamaba Bossuet.»

De esta manera fué señalando otros sepuleros de personas cuyos nombres solo él conocía, y luego dirigiéndose á nosotros con tono solemne dijo:

—«Señores, atención»

Miramos todos con ansiedad esperando lo que iba á descubrirse, cuando el cicerone se detuvo delante de una especie de altar que sostenía la estatua de un viejo de nariz afilada, labios finos, ojos pequeños y sonrisa irónica, y tornó á repetir.

«Señores, atención. Este es el sepulcro del gran Voltaire.

—Del sabio mas sabio que han conocido los siglos.—Fué

poeta, historiador, filósofo.—Poseyó todas las ciencias.—Es-

cribió todas las doctrinas de todas las sectas.—Combatió á los

fanáticos.—Resistió el poder de los pontífices.—Anatemizó

el sistema feudal y engrandeció el espíritu humano.—Las

obras que escribió en verso y en prosa son infinitas.—Han

sido traducidas en todos los idiomas y envidiadas de todas las

naciones.—Ved un globo colocado sobre su tumba.—Este

globo significa que su inteligencia dominó el orbe.»

Hasta aquí pude yo resistir de la sempiterna relacion del panegirista, y conociendo que llevaba ánimo de continuar, me separé del círculo que rodeaba á la estatua, por no oír el resto.

Confieso que no soy blanda para juzgar á Voltaire, porque mi corazón le niega su simpatía; y no solo le niega su simpatía, sino que le es completamente hostil.

No son solo los escrúpulos de mi conciencia religiosa los que me impulsan á rechazar la filosofía de Voltaire, sino que tambien mi conciencia literaria pugna por arrancar á su corona la mitad de los laureles que el mundo reducido á vulgo le concedió en su siglo desgraciado. Yo bien sé que su ingenio es agudo, que es original, que es atrevido, que es eminente; pero sé tambien que su espíritu es frio, que es duro, que es seco. No basta para que apreciemos á un escritor el que reconocamos su talento; es preciso que nos interese su alma, y la de Voltaire no puede interesarnos, porque no tenia sensibilidad. Voltaire escribía literatura como podía escribir matemáticas. No le animaba la pasión, no le encendía la chispa eléctrica del entusiasmo, y esta carencia de dotes necesarias á un buen escritor las quería suplir con la agudeza, con el chiste y con la malignidad. No es esto decir que Voltaire sea un mal escritor; es un escritor que no ha escrito nunca cosa buena, porque siempre elegía el asunto malo. Tampoco de esto se deduce que fuera un inicuo. Voltaire era el erudito sistemático mas bien que el hombre perverso. Había hecho profesion de no creer en nada y de burlarse de Dios, y sostenía su doctrina por amor propio. Por eso sus obras, que escitan la admiración de los eruditos, son indiferentes á los corazones sencillos.

La incredulidad, cuando no es afectada, cuando nace del alma es una enfermedad, es un infortunio que duele al que lo padece y al que lo sufre, y que conmueve siempre á los demás. Byron nos conmueve porque conocemos que es verdadera su desgracia; porque entre sus risas se ven siempre sus lágrimas, y entre sus lágrimas se ve siempre su desesperación. ¿Qué objeto mas digno de interés que el verdadero ateo? ¿Qué otro infortunio humano puede afligir mas hondamente nuestro corazón que el del ser que no cree en nada? Las risas y los sarcasmos de Byron arrancarán siempre lágrimas á las criaturas piadosas.

Voltaire es por el contrario un poeta tranquilo y dichoso, que se complace en desespearar á los demás, quitándoles su fé y sus ilusiones. Mas caustico que amargo, mas bufon que irónico, decía herejías por chiste, negaba á Dios por soberbia, se declaraba ateo por malignidad, y no fué como Byron á buscar en los campos de batalla una pronta muerte, para hallar remedio al espantoso dolor que devoraba su espíritu, sino que vivió largos años sin perder su humor festivo, hasta que se acercó la muerte, y entonces clamó por un Crucifijo!...

Aquí quedan sus escritos, que guarda el pueblo francés como su mayor tesoro. —No los leas nunca, Emilio. Mejor quiero que leas á Rousseaux. —Una obra tiene que lleva por título tu nombre, y que es tan buena como todo lo que produce tu hermoso talento, combinado con su delicada sensibilidad.

Tiempo tuve para hacer las anteriores reflexiones, primero que el panegirista de Voltaire concluyera su relacion. Así que terminé, se puso otra vez en marcha, volviéndose varias veces hacia nosotros, y estendiendo su baston para nivelarnos de manera que formásemos una línea recta; y cuando se hubo convencido de que le seguíamos todos en compañía, nos hizo cruzar las prolongadas bóvedas, hasta que llegamos á una muy oscura y sin salida. Entonces se adelantó, nos colocó en hilera á lo largo de la pared, y él se situó en el rincón de la bóveda, donde había una especie de tambor clavado en el pavimento.

Ya no quedaban en el Panteon mas grandes hombres que ver, pero faltaban los títeres.

(1) Cuatro cuartos.

El veterano permaneció un momento silencioso en aquella garita, y luego levantando el baston, hirió por tres veces el tambor gritando al propio tiempo con voz descompasada.

—«Al eco! Al eco!»  
A estos gritos retumbaron las bóvedas, y de las concavidades de las tumbas salieron alaridos que se centuplicaron en lejanos ecos.

Nunca he visto lo ridículo y lo sublime, combinados de una manera mas estraña.

Por un instante me olvidé de la ceremonia pueril y burlesca que habia producido aquel terrible efecto, y escuché espantada las diversas voces que se difundían por el subterráneo. Erán ayes inarticulados, como que los exhalaban bocas sin lengua; eran gemidos imperfectos, como que los lanzaban bocas sin labios; era el pavoroso concierto de la muerte... En medio de estos vagos sonidos me pareció oír una carejada de Voltaire...

Al mismo tiempo se apagó el farolillo que tenia en la mano el soldado convertido en saltimbanqui, y quedamos en una noche tan profunda, como la que tienen allí siempre los muertos.

El saltimbanqui nos dijo que le siguiéramos por el ruido de sus pasos, y empezó á dar grandes taconazos que estremecían el pavimento. Parecíamos una tropa de difuntos que habia salido á danzar en el Panteon. Yo sentía un frio de miedo que me embotaba los piés y hacia que no percibiese el contacto del suelo. Hubo un instante en que creí que vagaba desprendida de la tierra, y que iba á caer en algun sepulcro abierto...

Al fin vimos la luz que entraba por la puerta, y nos apresuramos á salir; y recobrados del susto no hemos podido menos de confesar que París es un pueblo muy divertido, y que las diversiones cuestan baratas.

«POR CUATRO CUARTOS SE VE Á LOS GRANDES HOMBRES Y ADEMÁS UNOS TÍTERES.»

CAROLINA CORONADO.

### Historia de Don Agustín Argüelles,

POR DON EVARISTO SAN MIGUEL.

Dos tomos van publicados de la *Vida de Don Agustín Argüelles*, escrita por el general don Evaristo San Miguel. Ninguno con mas títulos ni mas conocimientos para ocuparse de este trabajo. Unido al esclarecido varon por las relaciones de provincia, por una estrecha amistad, y por la identidad de opiniones políticas; casi contemporáneo en la mayor parte de sus vicisitudes, y ocupando puestos importantes en el país desde el año de 1820, la historia de Argüelles que escribe San Miguel, mas que la vida de aquel, es la historia de las Cortes españolas, y de los grandes sucesos políticos ocurridos desde la memorable época de la guerra de la Independencia; época de virtudes y de patriotismo, época de desprendimiento y de abnegación insignes, que no es fácil que vuelva á reproducirse, cualesquiera que sean las pruebas por donde la sociedad esté destinada á pasar en el transcurso de los siglos.

No hay duda que el señor San Miguel encontró copiosos datos para su trabajo en lo mucho que se ha impreso sobre los actos de las Cortes de Cádiz, y señaladamente en la *Historia del conde de Toreno*, y en el *Exámen crítico* escrito por el mismo Argüelles; pero con gusto hemos hallado en la *Vida de Don Agustín* noticias y pormenores poco conocidos, á que se añade que siendo escasas las que existen posteriores á 1814, la obra de que nos ocupamos puede llamarse nueva y original en cuanto dice respecto á este tiempo, al trienio de 1820 á 1823, y á los siguientes. Testigo presencial San Miguel de muchos de los principales sucesos, actor y víctima en no pocos; su pluma no se resiente sin embargo de parcialidad, no se deja llevar del encono ó del espíritu de partido que naturalmente se advierte en los que escriben sucesos en que han tenido mas ó menos parte.

Bien conocido San Miguel como escritor elegante y feliz en su narración, si bien suele resentirse de que no corrige, porque su grande imaginación corre mas que su pluma, ha procurado al propio tiempo en la *Vida de Argüelles* no desmentir la severidad que distingue al autor de la *Historia de Felipe II*. Este es en nuestro concepto su mayor elogio. Vigoroso en su estilo, traza á grandes rasgos los principales sucesos de la época que recorre, y si alguna vez parece difuso en la descripción de determinados sucesos ó discusiones de las Cortes, la importancia y gravedad del asunto, y lo grandioso de la época á que se contrae, disculpan suficientemente el que se estiende en su narrativa.

En efecto, para juzgar con acierto de los trabajos de las Cortes de Cádiz, que ocupan gran parte de la obra, forzoso es trasladarse á aquel tiempo, y considerar la situación del país, y la especial de los diputados y del gobierno, aislados en el estrecho recinto de la isla Gaditana, y precisados á luchar á un tiempo con el poder omnipotente del coloso del siglo y con los interesados en el mantenimiento de los abusos que habian traído á la nación española al triste estado en que se hallaba. Pecaron de teóricos, es verdad; pero ¿quien no hubiera obrado quizá con mayor exceso en igualdad de circunstancias?... La historia y los sucesos posteriores les han hecho justicia.

Los dos tomos publicados concluyen con el año 1822, y cuando la Santa Alianza preparaba las célebres notas á que San Miguel contestó con la energía propia de un buen español, aunque por desgracia sin los medios morales y materiales en el país para asegurar el éxito de su contestación. Si lo que todavía resta que imprimir de la vida de Argüelles guarda las proporciones que hasta aquí, no será difícil que ocupe otros dos volúmenes, porque prescindiendo de los tristes sucesos de la década que siguió á la invasión de los cien mil hijos de San Luis, los que tuvieron lugar á la muerte del rey Fernando VII, ó por mejor decir, la nueva era del gobierno representativo en España, que comenzó en octubre de 1833, no ha sido menos fecunda en peripecias de todo género que la ya explicada, y en ella ha tenido don Agustín Argüelles no pequeña parte como hombre público hasta su fallecimiento ocurrido en marzo de 1844. Su voz en el Congreso, si bien ya no era la del orador divino de mejores tiempos, se oía

siempre con el respecto y la atención que llevan consigo las palabras del hombre probo y virtuoso, y el prestigio que da la lealtad y la consecuencia política. Elevado Argüelles á la alta dignidad de tutor de S. M. la Reina y de su augusta hermana en julio de 1841 por la elección de los cuerpos legislativos, que no fueron en esta ocasión mas que el eco fiel de la opinión pública, la rectitud, el desprendimiento y el esmerado afán con que desempeñó su cometido en los dos años que duró, acabaron de asegurar la distinguida reputación que gozaba en toda Europa este hombre insigne. Sus mismos émulos de entonces le hicieron y le hacen justicia, y todavía en la Casa Real se pronuncia su nombre con aprecio y con respeto. De ello ha dado muestras nuestra augusta Soberana cuando en julio de 1847 espidió un decreto autógrafo mandando erigirle un monumento que perpetúe su memoria. ¿Quiera el cielo que pasiones mezquinas, ó intereses bastardos no impidan en esta parte el cumplimiento de aquella resolución!

Entre tanto recomendamos á todos los españoles amantes de las virtudes y glorias nacionales, la lectura de la *Vida de Don Agustín Argüelles*, escrita por don Evaristo San Miguel: en ella encontrarán la descripción exacta de los principales sucesos del siglo que atravesamos, los hombres de gobierno advertencias útiles de lo pasado para el porvenir, la juventud hechos distinguidos que imitar, y todos una lectura amena y entretenida. Felicitamos sinceramente al general San Miguel por un trabajo que añade un título mas de fama á tantos como tiene adquiridos, y tambien nos complacemos en tributar al editor don José Ami el testimonio de nuestro aprecio por la eficacia, aplicación y sacrificios con que ha secundado los esfuerzos del autor, sin los cuales tal vez la obra no hubiese podido ver la luz pública.

### Descripción geográfica del reino de la Poesía.

La Poesía es un reino muy dilatado y poblado. Confina al oriente con la Elocuencia, al mediodía con la Pintura y la Escultura y al occidente con la Música. Las costas del Norte las baña el Océano de la Erudición.

Se divide como otros muchos reinos en país alto y bajo. La Poesía alta está habitada por personajes graves, de presencia majestuosa y de frente cenuda, cuyo lenguaje comparado con el de las otras provincias, es como el español respecto al italiano. Los hombres son ordinariamente héroes de profesion. El dividir en dos pedazos á un gigante armado de piés á cabeza, es para ellos una friolera. En cuanto á las mujeres el mismo sol no merece compararse con la mas fea. Los caballos de esta comarca corren con mas celeridad que el viento, y los árboles levantan su copa hasta las nubes.

La capital de esta provincia se llama *Poema Epico*. Está edificada sobre un terreno arenoso y árido que pocas personas se atreven á cultivar. Sus habitantes, y en general los de todo el reino, no son nimiamente escrupulosos sobre la verdad de lo que refieren: entretienen á los extranjeros con cuentos de combates, batallas, amores y hazañas que interesan; y enseñan á los curiosos los mausoleos de Homero, el sepulcro de Virgilio, el monumento consagrado á la memoria del Tasso, y las tumbas de Ercilla, Camoens y Milton. Fuera de la ciudad hay un grande arrabal que llaman de las *Novelas*. Todos sus habitantes son hermosísimos, y las mujeres las mas virtuosas del mundo. Todos han sido viajeros y amantes arrebatados: pasan su vida en continuas funciones, y ningún extranjero sale del arrabal sin haber asistido á cinco ó seis casamientos brillantes.

Desde la salida del arrabal se descubren montañas altísimas, escarpadas y rodeadas por todas partes de precipicios. Esta es la *Tragedia*, país en donde se advierten ruinas de varias ciudades antiguas, y sepuleros de héroes desgraciados. Su atmósfera infunde tristeza y terror, y sus habitantes son sanguinarios en tanto grado, que las mujeres mismas se alegran á la vista de un miserable á quien asesinan, ó que se mata él mismo á puñaladas ó tomando un veneno. Hay en la provincia un grandioso y magnífico palacio llamado *Opera*, que según se dice, fué fabricado por un mágico italiano. Los que viven en él todo lo hacen cantando, hasta el morir: visten con mucho lujo, y aunque se les tiene por locos, acuden de todas partes del mundo á oírlos. No muy distante de este grandioso edificio se descubre la antigua ciudad de la *Comedia*. Sus habitantes tienen una inclinación decidida y un gusto exquisito por la imitación y la pintura; pero á veces su imaginación se extravía y pintan mamarrachos. Se complacen en reirse unos de otros, y una de sus gracias principales es la crítica, que á veces suelen hacer de los vicios con acierto.

En la pendiente de un collado se ve otra ciudad llamada *Tragicomedia*. Hubo un tiempo en que pretendió rivalizar con la *Comedia*, entablado tambien pretensiones contra la *Tragedia*; pero hasta ahora sus tentativas han sido inútiles, á pesar de haber tenido muchísimo partido.

La *Poesía alta* y *baja* están separadas por los vastos desiertos del *Buen juicio*, en donde no se encuentra ni lugar ni aldea, sino solo algunas cabañas diseminadas. El país de la *Poesía baja* es ameno y delicioso, sumamente poblado, pero muchos de sus habitantes están contrahechos, endeables y aun bastante feos. (Se concluirá.)

### UN POBRE ENFERMO.

Hace algunas semanas, iba un día atravesando calles, sin pensamiento fijo, ocupada mi imaginación con mil bagatelas, cuando de repente me saca de mi distracción un grito fuerte y enérgico. Al mismo tiempo siento al lado de mi megilla el aliento húmedo y caliente de un caballo, y toca á mi costado una de las varas de un carruaje: poco faltó para ser aplastado por las ruedas de un cabriolé, y sea dicho de paso, por el cabriolé de uno de mis mejores amigos y uno de los médicos mas célebres.

Al momento se lanzó á mi lado, y luego que se convenció de que no habia recibido ningun daño, porque me vió reír de mi malhadada aventura, me hizo subir en su carruaje.

—Par diez, me dijo, ya que no te he estropeado, y que la casualidad te ha traído á mi camino, vas á venir conmigo á visitar á uno de mis enfermos.

Nos pusimos en marcha, y llegamos á una de las calles que rodean al Panteon, y allí paró el carruaje delante de una casa de humilde apariencia. Echamos pié á tierra y trepamos hasta el segundo piso, y entramos en un caramanchon, que tenía por todo ajuar una mala cama, una mesa, una silla y dos banquetas. En el lecho apareció un hombre como de cincuenta años, de extraordinaria fealdad, y cuya disforme cabeza se sepultaba entre sus altos hombros y elevado pecho.

—¿Cómo te encuentras, Pedro? preguntó el médico.

La persona á quien se dirigian estas preguntas exclamó: —¿Es posible que permitan mis criados que entre así en mi estancia el primero que llegue? yo los despediré á todos. Querida Juana, añadió volviéndose al otro lado, encantadora Juanita, ¡qué conversacion tan interesante acaban de cortar estos dos importunos! No ocultes así con tus preciosas manos ese hermoso rostro cubierto de casto rubor, despidelos.

Hizo un esfuerzo para levantarse, y cayó pesadamente; el desgraciado

Une tu mano á la mia, angel consolador, tu mano que tiembla amorosamente, y vamos á reunirnos á los amigos que han venido á celebrar nuestra union. ¡Déjame solo desflorar con mis labios esa frente tan blanca y pura como tu alma!

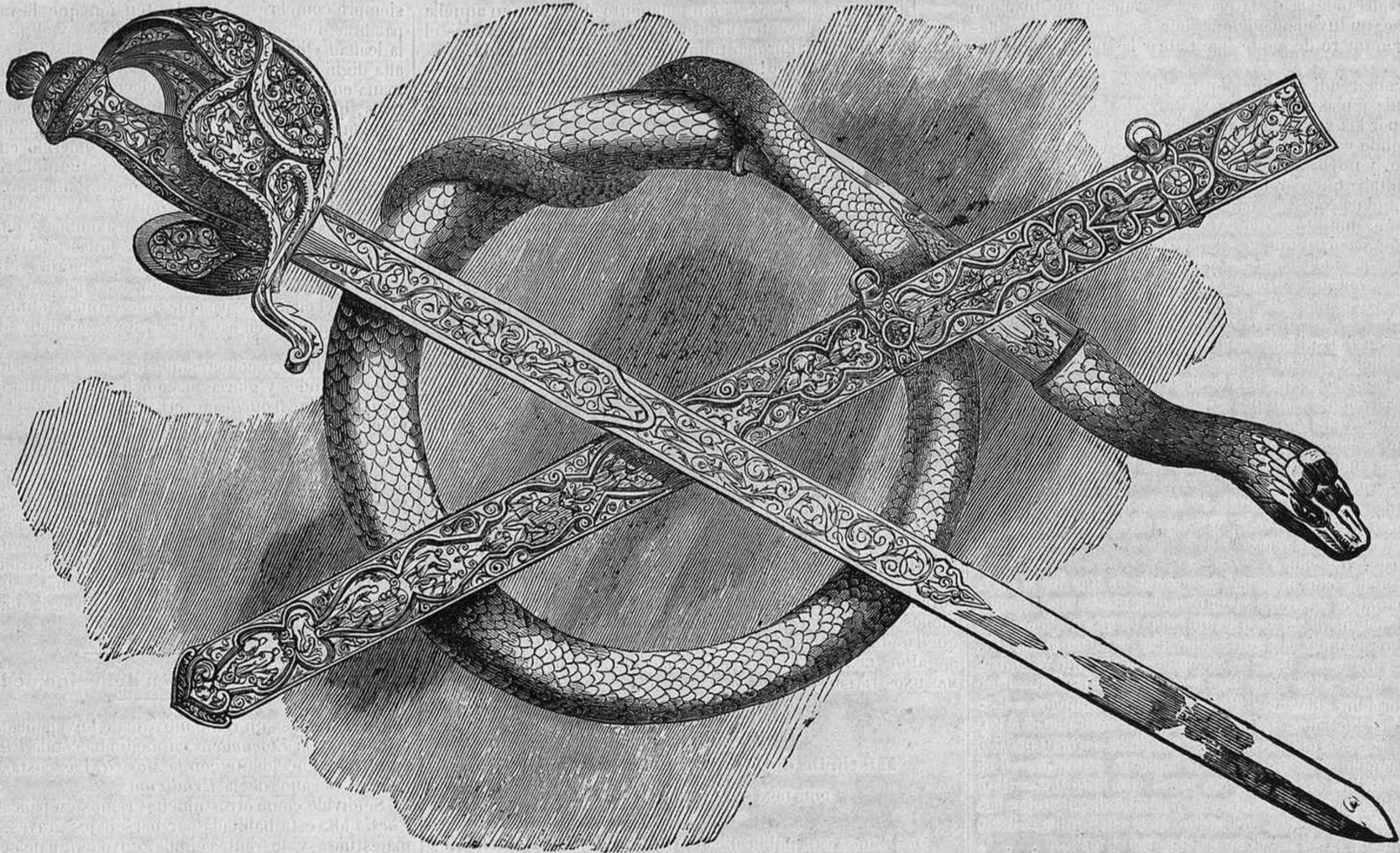
Iba yo á hacer una exclamacion en este momento, pero el médico me la reprimió con un gesto.

El enfermo continuó:

estaba paralítico.

Después de esto cerró los ojos, y parecía que no se ocupaba mas de nosotros.

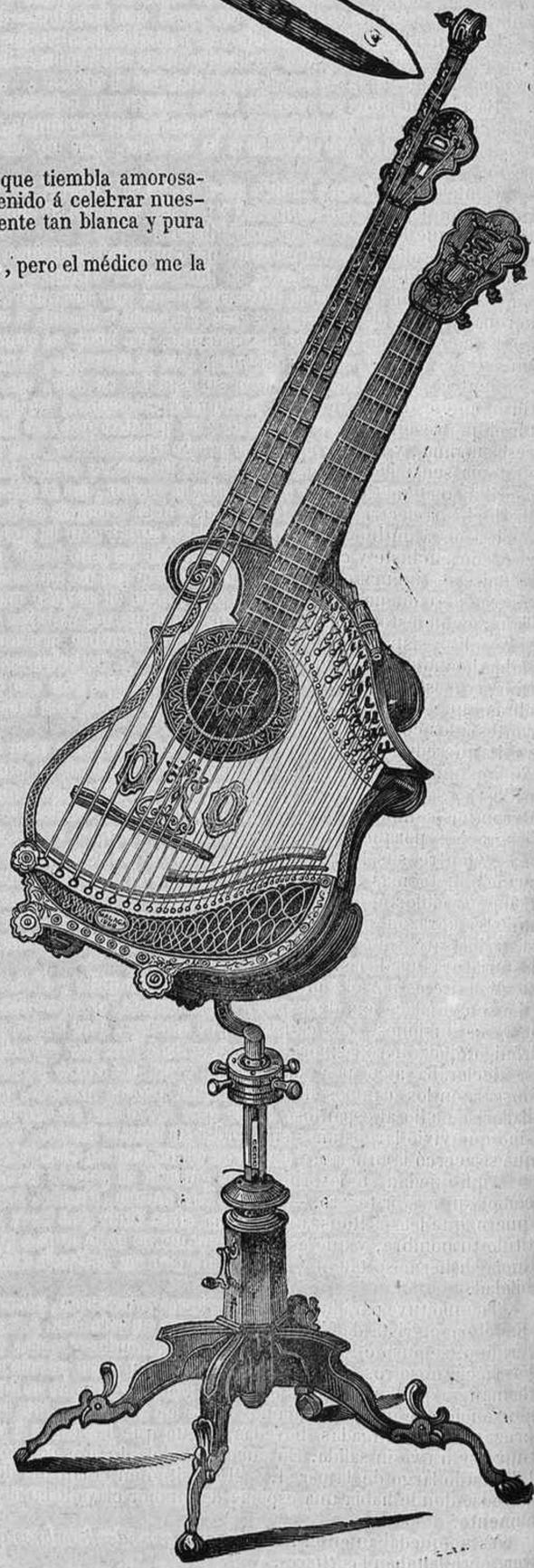
—Vamos, dijo, alegre Juanita, mi desposada de ayer, mi esposa hace pocas horas, tú á quien acabo de conducir al pié de los altares, donde el Señor ha recibido y consagrado nuestros pensamientos, no oyes que la música empieza ya á hacer sentir sus armoniosos acordes? Va á comenzar el baile y nos esperan para romper la marcha.



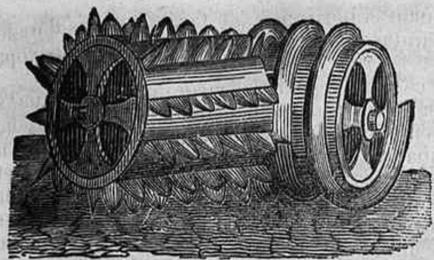
Espada toledana.



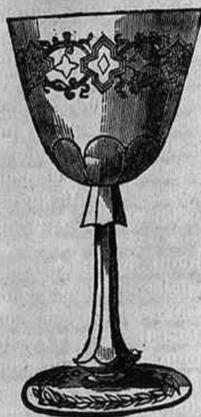
Mesa para escribir.



Guitarpa.

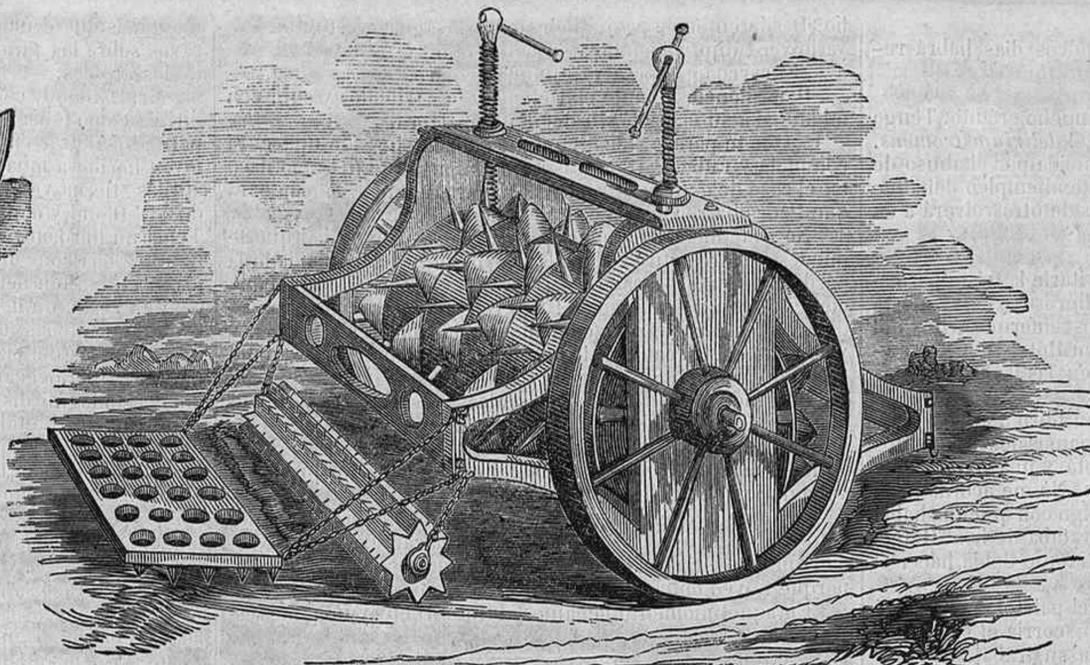


Número 1.

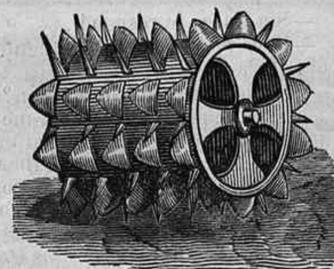


Copa de cristal.

—¡Oh! ¡Qué embriagador es el baile al lado de la que se ama y de quien nos vemos correspondidos! Jamás hasta este momento había comprendido la dicha que proporciona una inmensa fortuna. Puedo satisfacer tus menores caprichos: haz una señal, desea, que tendré fijas mis miradas en las tuyas, para leer tus pensamientos y realizarlos. Solamente deseo que tengas muchos caprichos, ángel mío, para tener la felicidad de satisfacerlos. Vamos, la música se oye de nuevo. Tu brazo sobre el mío. ¡Oh! ¡El vals, el vals con la que se ama, Dios mío, cuando se tienen solo veinte años!...



Máquina agrícola.



Número 2.

Se calló y sus labios se agitaron algunos instantes sin proferir sonidos: de repente se estremeció.

—Dejadme, dejadme. Sí, he hecho un sublime descubrimiento; sí, he hecho á mi patria uno de esos servicios importantes que immortalizan el nombre de un inventor y le transmiten de edad en edad al reconocimiento del mundo entero. Pero, ¿por qué quereis arrancarme de la felicidad pacífica de que disfruto, para arrastrarme á las agitaciones de los negocios públicos? Dejadme al lado de mi joven esposa, á quien amo, y buscad otro que os gobierne. ¡La carga del poder me asusta!



Copa de cristal.

El médico se sonrió y se sentó.

—Después de todo, continuó, no soy responsable á Dios de esta denegación.

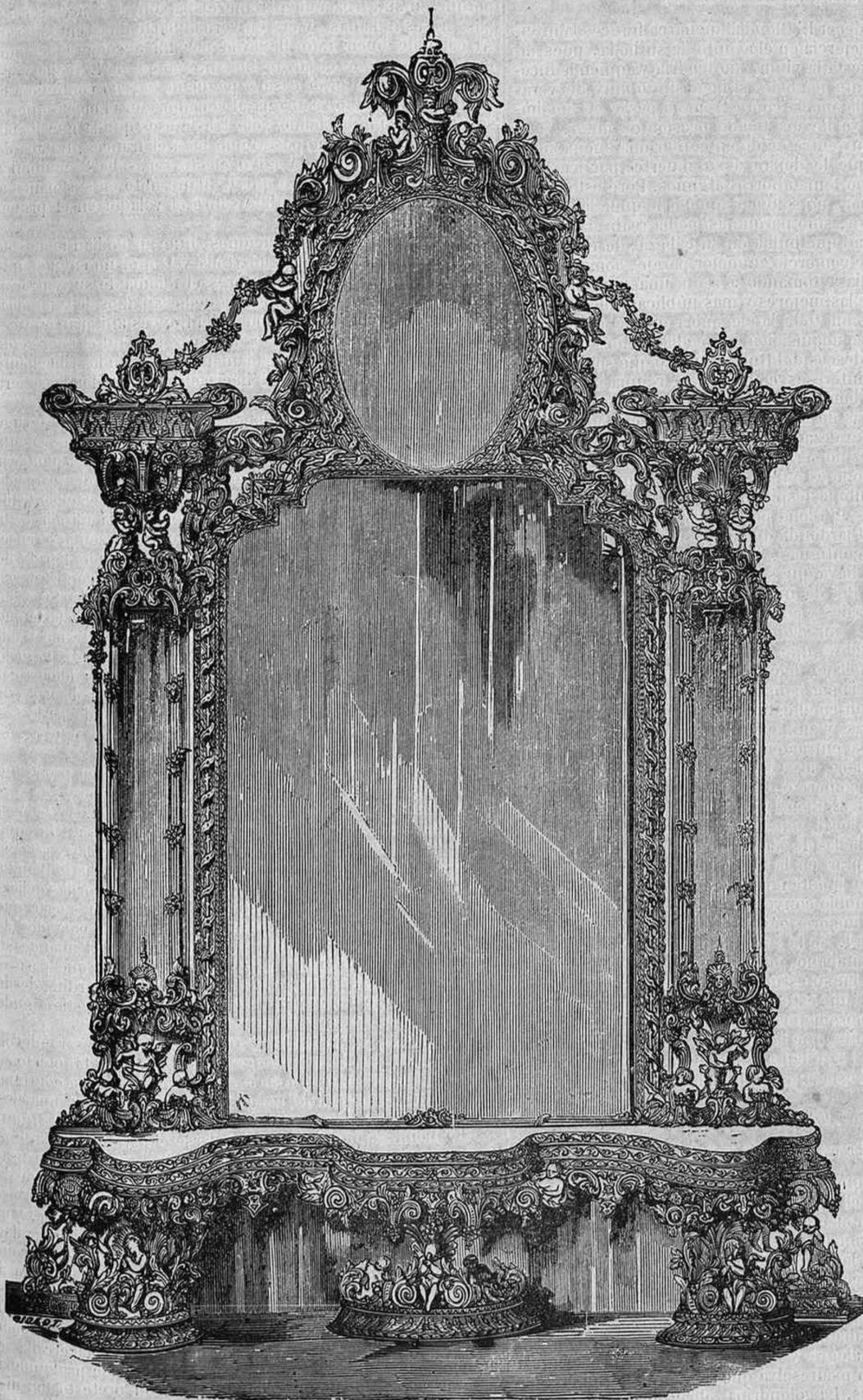
Ha puesto en mi alma el genio, para que yo imprima á mi siglo el gran movimiento en virtud del cual debe mudar de faz y regenerarse gloriosamente. Vamos, puesto que es necesario reinaré en Francia. ¡Cuán gratas son para mi corazón esas aclamaciones con que me saludan! ¡Sostenedme, Dios mío, que nada puedo sin vos! Teneis en vuestras divinas manos la suerte de los soberanos y de los pueblos.

Volvió á guardar silencio, estendió sus manos temblorosas hácia las fantasmas imaginarias, y balbuceó algunas palabras estando ya profundamente conmovido.

—¡El cielo se abre, el Santo de los santos no se oculta de mí! ¡Hé aquí al Todopoderoso que se me aparece con todo su esplendor, rodeado de los profetas, de las vírgenes, de los mártires y demás huéspedes del Paraíso! ¡Oh, jamás hombre alguno ha sentido lo que yo experimento ahora! ¡Esta luz, al lado de la que el sol no es mas que una sombra, penetra en el fondo de mi alma, me embriaga, me enajena, me presta una alegría que no es fácil sentir mas que en el cielo! ¡Mis fuerzas son insuficientes para resistir á tales emociones!

Inclinó la cabeza, se desvaneció, y solo con gran trabajo pudo mi compañero volverle á la vida.

Hé aquí, me dijo al tapar el frasco que habia sacado, hé aquí, repito, uno de los casos mas marcados de alucinación, ya lo ves.



Espejo y consola.



Trasparente.

—Sin duda, le respondí.  
—Pues bien, amigo mio, dentro de pocos dias habrá recobrado la razon.

—¿Quieres restituírle la razon?  
—Así lo espero, y esta cura me dará mucho crédito. Tengo un procedimiento infalible para curar el *delirium tremens*. Esta demencia, como tú sabes, producida por el abuso de bebidas alcohólicas, cede victoriosamente al empleo del amoniaco. Hace un mes estaba bueno, antes de otro volverá á su antiguo estado.

—¿Curarle? dije yo.  
—He querido asistirle en su casa y evitarle la triste permanencia en Bicetre. Su delirio no es peligroso, y hay en esta casa una portera anciana que cuida los enfermos á las mil maravillas. Cuando estaba yo interno en Hôtel-Dieu, se encontraba al mismo tiempo empleada en las salas y allí la conocí.

Escribió una receta en una hoja de su libro de memorias, y me hizo seña de que le siguiera. Bajamos los doscientos escalones, y entregó á la portera la receta y una moneda de oro. En esto consistieron sus honorarios. No me acordaba de esta visita, cuando fui un dia á ver al amigo con quien la habia hecho; eran solo las siete, porque se trataba de ir al Hôtel-Dieu, á ver una operacion de autoplastia que debia hacer el célebre cirujano.

En tanto que tomaba su sombrero y el paletot, me enseñó un hombre deforme que lavaba el suelo; corria el sudor por el rostro del pobre diablo, que ejecutaba su trabajo con extraordinario ardor.

—¿Le conoces? me preguntó.  
—En verdad que no, repliqué.  
—No te dije que tenia medios infalibles de curar los alucinamientos producidos por el *delirium tremens*. Pregúntale y verás si te he engañado.  
—Me aproximé á él.  
—Mala tarea es esa, amigo mio.

—Y lo hago de muy buena gana, señor, me replicó, enjugándose la frente. ¡El señor doctor es tan bueno para mí! No solamente me ha curado y me ha prestado todos los auxilios necesarios durante mi enfermedad, sino que tambien, cuando estuve convaleciente, como no encontraba trabajo, porque decian en el cuartel que habia estado loco, y esto asustaba á los que hubieran podido emplearme, me trajo á su casa, donde gano buen salario, tengo buena comida y me guardan bastantes consideraciones. Sin los tristes recuerdos que me asaltan de cuando en cuando, seria muy feliz.

—Y qué recuerdos son esos? le pregunté.  
El pobre diablo me miró con cierta especie de indecision.  
—¡Bah! dijo, siento una triste complacencia en hablar de todo esto, pero temo que os incomode, y además, tampoco os interesará.  
—Hablad con entera confianza, le dije, parodiando el famoso

*Hand ignara mali, miseris succurrere disco.*

—No sé si os habrá dicho el doctor que me volví loco á fuerza de beber. ¿Como ha de ser? Aun que soy tan feo, habia conseguido que me amase una jóven huérfana, tan pobre como yo, y me amaba tiernamente, porque sabia que tenia buen corazon y que no habia en el mundo quien la quisiese como yo. Dios habia echado su bendicion á nuestro humilde cariño, y teniamos mas trabajo del que podiamos soportar. Mi muger por su parte tambien ganaba, y al cabo de algun tiempo tuvimos una hija tan hermosa como el sol, y en que reconcentramos todo nuestro cariño. ¡Ah señor! entonces no hubiera cambiado yo mi suerte por una corona. Mi pobreza era risueña y alegre, pasaba horas enteras en contemplar mi hija, y cuando la veia sonreír, me creia superior á todos los soberanos.

Al hablar así se animaba su rostro, su mirada era viva y su palabra reunia una indecible expresion.

—Esta felicidad duró poco mas de dos años, continuó despues de una corta interrupcion. Una mañana se levantó la niña pálida y triste, y al momento acudí al doctor, que en esta época me habia ya dispensado algunos favores, y despues de haberla pulsado me apretó la mano, me llamó aparte y me dijo: ¡Pobre Pedro, es preciso mucho valor, vuestra hija está gravemente enferma! Dos meses despues, dos meses de angustias, lágrimas y desesperacion, mi hija habia muerto.

Exhaló un suspiro, pero armándose de valor:  
—Mi pobre muger se esforzaba todo lo posible para no afligirme mas, y se trabajaba como si nada hubiese sucedido, y aun algunas veces la ví sonreír, pero yo conocia bien que estaba herida de muerte. Cada dia iba palideciendo, y cuando yo no la veia, lloraba sobre la cuna vacía de su hija.

Se sentó ó mas bien se dejó caer sobre una silla.  
—Entonces fué cuando empecé á beber, porque á lo menos en los momentos en que cometia algun exceso, no sentia penas. Con frecuencia me reprendia mi muger esta mala costumbre, y yo prometia enmendarme; pero cada dia me dominaba mas el vicio, porque necesitaba olvidar mis padecimientos, y acabé por fin haciéndome un borracho. Pero ¡cuán severamente he sido castigado! Una vez estuve tres dias sin volver á mi habitacion; habia encontrado otros bebedores que me habian llevado consigo, y pasé estos tres dias sin recobrar la razon. Cuando volví á mi casa, cuando volví á ella, abrí con suavidad la puerta, avergonzado, embrutecido, y me encontré á mi esposa en la cama. Bueno, dije para mí, duerme y no quiero despertarla. Cuando abra los ojos me encontrará á sus piés, la pediré perdon y me perdonará; ¡es tan buena! En efecto, señor, jamás he conocido una criatura mejor. Como no tenia defectos, encontraba en su perfeccion una inagotable indulgencia para los demás. Diciendo yo esto, la tomé la mano, que estaba fria y yerta. Asustado empecé á llamarla y no me respondió. Su mirada estaba fija, su boca entreabierta... Dí un grito... Caí en tierra, y desde entonces me seria imposible decir lo que me sucedió, hasta el dia en que me desperté como de un sueño, y me encontré al doctor sentado á mi cabecera.

Me dijo: Pedro, de buena te has librado; has estado loco, pero he conseguido curarte; mas si vuelves á tus antiguas costumbres, no respondí de tí.

Las palabras del doctor son para mí como las del Evange-

lio. Desde entonces ya no bebo mas que agua, y estoy bueno, ya lo veis, dijo volviendo á su ocupacion.

—El carruaje espera ya, dijo el cochero.  
Bajé silenciosamente con el corazon oprimido, y subí con mi amigo á su cabriolé sin decir una palabra.

—¿Qué te parece, me dijo el médico; no ha sido una cura completa y radical? ¿Pondrás en duda la virtud del amoniaco en el caso de *delirium tremens*? Espero que nadie me negará que Pedro ha recobrado completamente la razon.

No pude menos de replicar, y decirle:—¡En verdad que te puedes alabar de tu prodigio! Este hombre habia olvidado la pérdida de su esposa y su hija, y tú le has vuelto á la conciencia de su desesperacion! Se creia jóven, hermoso, amado, rico, poderoso, rey, colmado de los favores de Dios, y volviéndole á la realidad, le has convertido en criado y admitido por caridad! Singular servicio le has prestado!

Borrando de su cerebro las ideas falsas, para proporcionarle el conocimiento de las verdaderas, quitándole sus alucinaciones, para volverle á la vida verdadera de un ser feliz y dichoso, le has hecho un miserable; te aconsejo que no te vanaglories de tu obra.

—¡El que te oyera creeria que era mucho mejor haberle dejado con su locura! me dijo soltando una carcajada. A la verdad que no seria malo que tomaras un poco de amoniaco, porque te veo en camino de perder la razon.

En aquel momento llegamos al Hôtel Dieu, y no pude responderle.

## EL RUBIO DE NAMUR.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR ENRIQUE ZISCHOCKE,

y vertida directa y libremente al castellano

POR SANTOS FERNANDEZ LIXARES.

(Continuacion del capítulo IV).

No dejó de agradecer L' Blond al monarca francés la intervencion militar que ejercia en el asunto de su boda, pues dicho se está que muerta la viuda, no tendria ya quien le incomodase por semejante negocio; si bien sintió muy de veras su pérdida, porque la amaba con extremo á pesar de sus impertinencias, como ya hemos tenido ocasion de notar. Y es fama que anduvo muy entretenido en contar una buena suma de florines de oro que le dejara á su muerte, por mas que asegurase en vida no tenia ahorros algunos. Pero esto no es por cierto de extrañar, no solo por aquello de que «dos duelos con pan son menos», sino porque así podia realizar nuestro jóven un antiguo plan que bullia en su cabeza, de establecer una buena tienda de comercio en mejor paraje, como hizo en efecto á los pocos dias, tomando á renta una muy bonita y espaciosa en una de las mejores y mas públicas calles de Namur, que amuebló con toda la elegancia que le permitia la herencia. Semejante adquisicion no podia menos de llenar cumplidamente los deseos del Rubio, puesto que sobre creeria favorable á sus intereses comerciales, reunia la circunstancia de tener un bonito jardin, en que pensó pasar agradablemente las horas de ocio, siendo como era apasionado admirador de la naturaleza campestre, y aficionadísimo á las flores, lo cual tal vez no seria tan raro entre los comerciantes del siglo XVII, como lo es en los del XIX, porque no se habrian metalizado tanto los espíritus.

La nueva casa de L' Blond pertenecia al presidente del tribunal supremo, y el jardin de que hemos hablado lindaba con otros de las casas contiguas, hallándose solo divididos por pequeñas verjas de haya que se dejaban saltar con poco trabajo. En el centro del de nuestro jóven habia un gracioso cenador, cuyas paredes y cubierta formaban varios robustos jazmines, celindas, enredaderas y yedras, que ciñendo los desnudos troncos sobre que estaba trazado, y extendiendo entre ellos su rico follaje, hacian impenetrable el paso á los rayos del sol, y ofrecia por consiguiente una estancia deliciosa en la primavera y aun en el estío; y en la cual se propuso pasar muy buenas horas, y aun aprender gramática italiana, por cuyo medio pensaba entrar en correspondencia directa con algunas plazas de Italia, cosa que á su juicio no podria menos de aprovechar á su comercio.

Las esperanzas de L' Blond principiaron pronto á verse realizadas en su nuevo local, pues vió aumentarse su parroquia de dia en dia, y las bellas de Namur encontraban siempre algo que admirar y comprar en la tienda del Rubio; y si bien es cierto que no daban á entender la complacencia que tenian en ver á este, en cambio convenian todas ellas en que no habia otro almacen de mejores géneros ni de mas cómodos precios en toda la ciudad. No le sucedió lo mismo con sus gratas ilusiones acerca del italiano, pues como no encontraba profesor que le dirigiese en su estudio, se vió precisado á hacerlo de por sí, y claro es que esto habia de costarle algun trabajo mas de lo que pudo prometerse. Y si á esto se agrega otro no pequeño inconveniente, que podrá saber el lector que se tome la molestia de leer el siguiente capítulo, podremos formarnos una idea exacta del estado de L' Blond en la época á que nos referimos.

### CAPITULO V.

Inconvenientes de vecindad.

Ya hemos dicho que Mr. L' Blond se habia propuesto aprender el italiano en el delicioso cenador del jardin, y así lo comenzó á hacer en efecto, dedicando á semejante tarea las primeras horas de la mañana.

Habian sonado las cinco de la del dia 3 de julio. Una fresca brisa hacia mecer blandamente el follaje de los árboles y tiernos tallos de las plantas del jardin, esparciendo por todo él los aromas que bebía al pasar en los cálidos de las flores; y el arroyuelo que formaba el desagüe de la fuente contigua al cenador serpenteaba alegre y bullicioso por entre la menuda yerba, el césped y la madre selva que servian de término á los cuadros de las flores. La golondrina, el ruiseñor, el verderon y el jilguero saludaban con sus picos de oro al astro de la mañana que principiaba á ostentar su altiva frente tras las

montañas que ceñian el horizonte, destacándose sus dorados rayos sobre las puntas mas elevadas de las rocas y las copas de los árboles.

Mr. L' Blond, cogida bajo el brazo su gramática italiana, se dirigia como tenia de costumbre á su sitio favorito de estudio; pero al penetrar en el cenador quedó como petrificado. Una jóven hermosa niña que á lo sumo podria contar diez y siete años, tierna y delicada como la azucena, se habia adelantado á L' Blond y ocupaba el banco en que este solia recostarse. Tenia un libro entre sus torneadas y breves manos, y su mirada parecia concentrada en las páginas que recorria; una jóven en fin tan bella como nunca pudo figurarse el comerciante. Vestia un ligero traje de seda color de naranja salpicado de pequeñas flores verdes, que no parecian mas sino el dibujo de las del jazmin y la enredadera que matizaban por dentro y fuera el caprichoso cortinaje del cenador, sin ocultar del todo ni disminuir la gracia de los delicados contornos de su esbelto talle. Por una singular coincidencia de que ofrece muy raras muestras la naturaleza humana, sobre una finísima y morbida tez, blanca y trasparente como la nieve antes de tocar al suelo, se veian brillar dos ojos bien rasgados, y negros como el azabache, arqueados por espesas cejas que parecian dibujadas con tinta de china; sus mejillas semejabán nácar y rosa, y sus labios púrpura, sosteniendo tal conjunto una graciosa garganta de bruñido alabastro, que besaban y cubrian en parte largos bucles de color de ébano, como las tinieblas del Egipto.

Pero si encantado quedó L' Blond al contemplar tan sorprendente imágen de los ensueños de Apeles, no fué menos grato á la jóven el momento de encontrarse su mirada con la de aquel; de suerte que uno y otro parecian no haber visto nunca tanta hermosura. Dirigiéronse como por instinto mudas y respetuosas cortesías, y dieron en pedirse recíprocamente mil perdones, sin haberse ofendido en lo mas mínimo; hasta que algo repuestos de su turbacion dieron principio á otro diálogo, que si bien trató la jóven de sostener con viveza, se veia precisada á interrumpir con frecuencia, ya porque todo el ser de L' Blond parecia reasumido en su vista, sin la necesaria libertad para extenderse al oído, ya porque en su turbacion entremezclaba con el francés á cada paso frases italianas, y era en verdad harto difícil entenderle. Al cabo de buen rato llegaron por fin á comprender que eran vecinos, que el jardin lindante con el de L' Blond correspondia á una gran casa ó pequeño palacio contiguo á la suya, que el Rubio se dirigia al cenador con el objeto que ya sabemos, y que haciendo solo tres meses que la niña habia llegado de Italia, y no poseyendo bien el francés, trataba de perfeccionarse en él, á cuyo efecto repasaba la gramática francesa, que era el libro que L' Blond notó en sus manos al acercarse, y que cayó súbito sobre el velador en el primer momento de sorpresa.

Estando en tales esplicaciones, que no podian menos de hacerse con bastante lentitud, toda vez que no entendiendo bien ninguno de los interlocutores el idioma de su contrario, tenian que valerse con frecuencia de los auxilios de la mímica, y hacer recíprocas traducciones del francés al italiano y viceversa, se oyó pronunciar á una voz femenil el nombre de María; y obedeciendo esta al llamamiento, saludó afablemente á L' Blond, y se encaminó hácia el sitio de donde saliera la voz.

L' Blond permaneció buen rato como poseído de un vértigo sin hacer el menor movimiento. Apenas podia darse cuenta de cuanto acababa de sucederle, y se le oian tartamudear algunas palabras, como si no hubiese aun desaparecido María. Sacudió por fin su cabeza, se restregó fuertemente los ojos como para desechar la fascinacion que la mirada de la jóven habia producido en su alma, y fué á sentarse en el sitio que dejara aquella, estremeciéndose como herido de una chispa eléctrica al ponerse en contacto con el tosco banco de haya que momentos antes ocupó María. Su vista inquieta y afanosa buscaba en derredor la vision celeste que le habia hechizado, y su mente se perdia entre mil y mil quiméricas ideas, que en vano pretendia aclararse. Pero lo que mas le fatigaba era su ignorancia del dulce idioma del toscano, y juró en su conciencia no volver á dejar de su mano la gramática, hasta no haberlo aprendido perfectamente, para poder decir á su bella vecina... ¿qué?... él mismo no lo sabia.

Queriendo llevar á cabo desde luego tan buen propósito, cogió la gramática que dejara sobre el velador; pero ¡oh sorpresa! no era ella, sino un libro extraño para él. Abrele con rapidez, y nota que era una gramática francesa. Y es que María en su turbacion, por cierto muy disculpable, recogió la italiana en vez de la francesa. Apenas se atrevia L' Blond á tocar aquel libro que miraba como consagrado por las delicadas manos de María, al paso que envidiaba la suerte que tocara á su gramática; asegurando el verídico narrador de estos sucesos, que en todo el dia se cuidó el Rubio de su comercio ni de sus bellas parroquianas, puesto que pasó el resto de él en su gabinete interior que daba al jardin, desde cuya ventana se descubria el delicioso cenador, testigo mudo de las escenas de tan feliz mañana.

Ocurrióle, ya de noche, y aun le pareció necesario devolver á María su libro y recoger el suyo; y con tal objeto se dirigió inmediatamente á su casa. Sobre una tienda contigua á la entrada principal del palacio, se dejaba leer en una elegante muestra: *Hermanas Buonvicini, modistas de Milan.*

L' Blond no pudo menos que darse el parabien de la profesion de su maga, y se adelantó decidido á realizar su pensamiento: mas le dominó tal temor al pisar el umbral de la puerta, que le hizo perder todo su ánimo. Luchaba entre el afán que tenia de volverla á contemplar cara á cara, y el receloso rubor de un verdadero enamorado, sin saberse dar cuenta de tan encontrados afectos. ¿Por qué temo entrar en esta casa (se preguntaba á sí mismo)? ¿Voy por ventura á cometer en ella algun crimen? Mas á pesar de tan exacto raciocinio, no se determinó á pasar adelante. Retrocedia de su camino, y segun que se iba alejando del palacio, iba tambien recobrando ánimo; volvía, pero á medida que se acercaba se aumentaba de nuevo su turbacion. ¿Qué dira (se preguntaba á sí mismo), si te ve entrar en su casa con pretexto tan nimio?... Creerá que eres un hombre importuno... ¿No será mejor esperar á que te reclame el libro?... Además: si no está en casa y lo entrego á cualquier otra persona de la fami-

lia, pierdo la única esperanza que con tal prenda tengo de volverla á ver.

En estas y otras semejantes reflexiones dejó pasar una buena parte de la noche; y no habiéndose podido decidir por último á devolver su tesoro, se retiró triste y pensativo al gabinete del jardín, de que ya tiene el lector conocimiento.

CAPITULO VI.

Dos errores á un tiempo.

Mucho habia ya avanzado la noche cuando L' Blond llegó á tranquilizarse, convencido de que la gramática era un buen rehen, que le proporcionaría mas tarde ó mas temprano admirar de nuevo los encantos de su dueño; y en calidad de tal constituyó al libro en prisionero, guardándolo cuidadosamente bajo la llave mas segura de su papelería. Verdad es que no quiso apenas gustar la cena, no se sabe si porque estuviese mal condimentada, ó porque no tenia gran apetito, puesto que no le plugo al historiador tomar nota sino del efecto; pero es cosa bien sabida, que á veces no es muy necesario comer para vivir, y muy especialmente cuando el espíritu se ocupa en trazar bonitos castillos en el aire.

Una de las cosas que mas agradaba á L' Blond era que María fuese modista, cosa que venia muy de molde á su comercio de sedería y encajes, cuya consideración le sedujo hasta el punto de llegar á creer firmemente que ninguna otra mujer podia convenirle mas para esposa. Y dicho se está con eso cuántos proyectos no se agolparian á su imaginación, para ver de conseguir tan apetecible bien.

El cálculo del Rubio era al parecer bastante exacto; pero no contó para formarlo con una circunstancia esencial, que le hacia falsear por su propia base. La encantadora María, aunque habitaba en el palacio á que pertenece la tienda de las hermanas *Buonvicini*, ningún parentesco sin embargo la unia con ellas. Era hija del general de Fano, que habiendo recibido un balazo en la toma de Namur, hubo de quedarse allí alojado hasta restablecerse de su herida. Y de seguro que nada distaba mas de la mente de L' Blond, sino que su proyecto de conquista fuese á recaer sobre la hija de uno de los mas valientes generales de Luis XIV, pues siendo poco versado en política, ni aun sabia la existencia de semejante caudillo.

Con harta ligereza hemos revelado al lector un secreto que hubiera podido servir de aguijón á su curiosidad buen rato; pero una vez dicho, vamos á descubrirle otro que le aquiete enteramente.

Queda dicho en el precedente capítulo que no fué solo L' Blond quien salió turbado del precioso cenador de jazmin. Y á dar crédito al autor de las memorias que nos ha suministrado el material de esta historia, se hubo de grabar con tal fuerza en la mente de María la imagen del Rubio, que no supo pensar sino en él desde la referida entrevista. Es cosa muy sabida que las jóvenes suelen entregar á su corazón, por mas fiel, lo que quieren conservar en la memoria; así como tambien lo espuesto y aun peligroso de semejantes cuidados cuando versan sobre objetos de sentimiento, puesto que desaparece con ellos la ingenuidad y se pierde la quietud del ánimo, prendas sobrado apreciadas para dejarlas perder al acaso.

Vivos eran los deseos de María por saber quien era el Rubio; pero se hubiera guardado muy bien de manifestar su afán ni aun á su doncella, para quien nunca hasta entonces habia tenido secreto alguno; por el justo temor de que pudiese adivinar cosas de que ni ella misma podia darse cuenta. Así es que le costó gran trabajo averiguar que la casa del encantado cenador pertenecía al presidente del tribunal supremo. Y sabedora una vez de esto, cesó ya en sus indagaciones, por parecerle muy natural que el Rubio fuese hijo de aquel.

Como L' Blond, notó tambien al momento el trueque de las gramáticas, y aun mas, puesto que por una señal que se dejaba notar en la del Rubio, vino en conocimiento de que el aplicado estudiante habia llegado á la conjugacion del verbo *yo amo*, que ella sabia traducir con toda exactitud por el *j' aime* francés, á pesar de que en esta ocasion no daba buena muestra de ello, sino que parecia costarle gran trabajo, á juzgar por la inquietud y confusion que al traducir se revelaba en su semblante.

Tres dias habian trascurrido desde el impensado cambio de las gramáticas; tres dias de tormento, de zozobra y de esperanzas; tres dias, en fin, sin que ni María ni L' Blond se atreviesen á deshacer el trueque, porque la primera esperaba que se adelantase á ello el segundo, y este á aquella, contentándose con asestar sus miradas al encantado cenador desde sus respectivos aposentos, en que es fama pasaron una y otro ocho horas por cada uno de ellos; concluyendo el autor de estas memorias por decir, que seria tarea tan molesta como difícil de llevar á buen término, pintar la inquietud de María, no menos que la pena de L' Blond durante aquel tiempo.

CAPITULO VII.

En que se da cuenta al lector de los admirables resultados de la enseñanza mutua.

Apenas el crepúsculo matinal del cuarto dia comenzaba á recoger con su nacarada mano el negro velo de la noche, y se dejaba sentir el dulce halago de la brisa precursora del astro de la mañana, cuando se vio á L' Blond dirigirse con paso y ademán resuelto al encantado cenador de jazmin. ¿Habia ya desaparecido el temor que le retrajo de volver á su sitio favorito por espacio de tres dias, ó era que ansiaba renovar las gratas impresiones que le proporcionara su entrevista con la bella María? Seria difícil resolver tal problema. Sin embargo, es lo cierto que la linda italiana se encontraba ya en el jardín cuando apareció en él L' Blond; y que si bien parecia hallarse muy entretenida en examinar las plantas y flores que la rodeaban, en realidad se dirigia su atención hácia la flor viva que por senda opuesta se encaminaba al mismo punto, sin recatarse de su intencion como ella.

Al avistarse entrambos jóvenes se saludaron con una profunda inclinacion de cabeza, enseñáronse sus respectivos rehenes, y se acordó el canje de las prisioneras.

Nada mas natural, una vez entrados en conversacion, sino tratar del estudio de las lenguas vivas, puesto que el diálogo habia dado principio por el cambio de las gramáticas francesas

é italiana. Quejábbase María del trabajo que le costaba el estudio del francés, y L' Blond repetia lo mismo acerca del italiano; trabajo que subia necesariamente de punto, teniendo que hacer uno y otro de por sí sin auxilio de maestros. Pero como ambos se preciaban de conocer bien á fondo el suyo propio, se hubieron de compadecer mutuamente y ofrecerse por consiguiente sus respectivos conocimientos, á fin de suavizar la aspereza, y aclarar las dificultades con que á cada paso tropezaban en su empresa. Admitidos de buen grado, y aun sin grandes instancias, los ofrecimientos de una y otra parte, señalóse la primera hora de sol para las lecciones, y el cenador de jazmin como la clase mas á propósito para las esplicaciones; siendo de advertir, en honor á la verdad, que no fueron estas promesas unas de tantas como desaparecen con el sonido de las voces que las formulan, sino que comenzaron desde luego á llevarse á cabo, cogiendo cada cual su libro con cierta seriedad, y no sin algun aire de importancia, y tomando entrambos asiento en el banco circular del cenador.

Es indudable que estando ya uno y otro algo adelantados en el estudio de ambos idiomas, pudieron hacer grandes progresos desde la primera lección, á saberse aprovechar del poderoso auxilio con que tan inesperadamente vinieron á contar; pero estaban demasiado próximos, y ora fuese porque el brazo de María se rozó ligeramente con el de L' Blond, bien porque los largos bucles de la primera besaron la frente del segundo al inclinar la cabeza para mejor ver las letras, es lo cierto que este se estremeció involuntariamente, que su mirada revelaba una gran pasion, una gran agitacion su pecho, y sus palabras se hicieron apenas inteligibles. Tambien pudo suceder que L' Blond tocase la delicada mano de María al señalar las líneas que recorrian con la vista, puesto que esta no parecia muy clara, á pesar de no haberse notado antes de esto semejante falta en ninguno de ellos.

(Se continuará.)

CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

Tristeza de Invierno.

La pálida luna se refleja en la nieve. La noche está clara y fria. La *norna*, en pié cerca de la cuna, inscribe mágicas palabras á los piés del niño.

«Todo lo que hagas y todo lo que intentes está ya escrito, y los años que has de vivir están marcados en tu frente.»

Así habló y se desvaneció. Nadie si ha dicho la verdad. La pálida luna se refleja en la nieve; ¿quien es el que puede leer en la oscura noche del porvenir?

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

MESA PARA ESCRIBIR.

Este magnífico mueble ha salido del obrador de M. Wetly, de Berne, y da una idea completa del gusto suizo. Esta nacion imprime su sello en todas las cosas, pues sabe que nada hay tan bello como su poética naturaleza. El *Ranz de sus vacas*, esta cancion nacional que acompaña al soldado suizo en todas las regiones á que la suerte le conduce, es uno de los elementos principales de sus artísticas inspiraciones.

La mesa cuyo grabado ofrecemos hoy, contiene esculturas sobre madera de un gusto comun, pero en el frontis es un bajo relieve que representa á la Suiza con sus montañas, sus vacas y sus abrevaderos. Nada falta allí: las figuras humanas simbolizan la caza y la lucha.

La madera es blanca y encarnada: sin duda nos parecerá su conjunto demasiado confuso por la multitud de adornos que contiene; pero no debemos quejarnos de esto, porque todo nos revela en esa gran mesa un pensamiento patriótico. Y si entramos alguna vez en algun establecimiento de Berna ó de Bale, nos convenceremos de que en ellos se trabaja con esquisito gusto y perfeccion admirable, hasta el punto de hacer olvidar la confusion que efectivamente se nota en sus obras.

LA GUITARPA.

Este instrumento de música ha sido inventado y construido por don José de Gallegos, de Málaga: su nombre es *Guitarpa*, porque los armoniosos sonidos que de él se sacan, pertenecen efectivamente á la guitarra y al arpa. La parte del primer instrumento tiene treinta y cinco cuerdas: otras veinte y seis emiten los sonidos del arpa, y además se dan todos los tonos y semitonos de la escala, tanto diatónica como cromática, por medio de veintiuna clavijas.

Seis cuerdas cuya posicion se nota en el mástil mas pequeño, producen los sonidos de la guitarra española, y otras tres de plata colocadas en el mas largo, todos los del violoncello.

MÁQUINA AGRÍCOLA (SISTEMA DE ARQUIMEDES).

Esta máquina, sumamente ingeniosa en su forma y en su aplicacion, se debe á M. Murphy, agricultor irlandés, individuo de la junta de comercio de Dublin. Tiene por objeto reemplazar á varios instrumentos de labranza, que se usan para preparar la tierra á fin de que reciba las semillas que se quiere depositar en ella. Con dicha máquina se ahorra mucho tiempo y se economizan brazos. Es de hierro colado, y se comprende perfectamente su mecanismo examinando bien las figuras números 1 y 2.

A todo el aparato puede darse la posicion que se juzgue mas conveniente con arreglo á la figura y naturaleza del terreno en que debe operar.

COPAS DE CRISTAL.

El arte de tallar el cristal, á imitacion de los vasos de Bohemia, que los inteligentes de todos los países admiran, está haciendo hace algunos años rápidos progresos en Inglaterra.

Las dos muestras cuyos grabados figuran en este número, bastan para dar una idea de la elegancia de los modelos que han servido para su ejecucion.

ESPEJO Y CONSOLA.

En la nave principal del palacio de Hyde-Park se veia una consola de incomparable riqueza, y sobre ella un inmenso espejo que terminaba en un gran medallón. La consola aparece ricamente cincelada: cierta confusion en las figuras que la componen le da una perspectiva de pesadez poco agradable. La luna descansa sobre dos grupos paralelamente dispuestos, y en los cuales tres amores juegan entre flores.

El conjunto de la obra ha llamado justamente la atencion de los inteligentes, porque la luna no puede decirse que está azogada, sino plateada, supuesto que se ha precipitado plata sobre el cristal, en vez de mercurio y estaño.

Debemos consignar aquí que muchas sustancias tienen la propiedad de precipitar la plata: entre otras citaremos los aceites y el algodón fulminante disuelto en álcali. Cuando se levanta la solucion y se lava la parte interior, queda la luna preparada para evitar la influencia del aire. De este modo se obtienen los efectos de la reflexion metálica.

TRASPARENTE.

El que ofrecemos en grabado está sostenido por un pié trabajado con el mayor esmero y tiene una figura circular. Pueden darse al fino lienzo todos los colores que se desean, no obstante que el que verán nuestros lectores es blanco, al paso que la guirnalda en él diseñada representa flores marinas de un color verde subido. El cuadro aparece cincelado, y el pié, giratorio en su base, se apoya en un pedestal que tiene tres piés. Con esto queda explicado que el trasparente gira fácilmente en todas direcciones.

Se ha adelantado mucho en el estudio y preparacion de los colores á la aguada, los cuales se emplean en esta clase de adornos, particularmente en los transparentes de balcones, etc., los cuales son utilísimos, sobre todo para formar biombos, que se destinan á rodear una cama, á fin de que esta no se vea.

GRAN TAZA DE MALAQUITA.

Imposible es hacer mencion de todos los objetos preciosos que ha presentado el príncipe Demidoff en la Exposicion de Londres. Entre ellos merece uno de los mas distinguidos lugares la gran taza que representa fielmente nuestro grabado.

Este vaso majestuoso y elegante, se halla colocado sobre un pedestal compuesto de tres cuerpos sobrepuestos en reduccion progresiva; los dos primeros se asientan en su base por medio de un plano inclinado, el superior cae á plomo sobre los otros. Los cuatro ángulos del pedestal son lisos, y contienen, lo mismo que las cornisas, adornos de oro molido. El vaso, magníficamente trabajado, se abre sobre un pié: su elevacion es de unos doce piés, y su valor asciende á cincuenta mil francos.

De todas las obras espuestas al exámen del gusto moderno, las mas completas son aquellas que mas fijan la atencion, porque reasumen en sus labores toda la serie de conocimientos que constituyen diversas industrias. Aquí tenemos al lapidario abandonando el diamante, el rubí, el topacio, la esmeralda, el zafiro, la amatista, el granate, el crisólito y el ópalo, para ocuparse en tallar la malaquita. A él se une el artista en mosaico para juntar lateralmente pedacitos de la piedra preciosa y formar una vasta superficie de una sola pieza.

La taza del príncipe Demidoff es un objeto preciosísimo, que ha escitado la curiosidad y la admiracion de todos cuantos han recorrido los departamentos de la Exposicion universal.

DAGUERRE.

Del Daguerreotipo y de la Fotografia.

LEONARDO DE VINCI.—PORTA.—CARLOS WEDGWOOD.—HUMPHREY DAVY.—NIEPCE Y DAGUERRE.—TALBOT.—M. BLAQUART EVRARD.—HISTORIA DE LA FOTOGRAFIA.

Daguerre (Luis Mandé), que nació el año de 1787 en Cormeille, acaba de morir á la edad de sesenta y cuatro años. Nadie ha resuelto de un modo mas evidente y mas palpable, en su vida de artista, el problema de la alianza del arte y de la industria; este mérito nos obliga á ocuparnos de una fisonomía tan curiosa é interesante: hablaremos de M. Daguerre y de los maravillosos descubrimientos que se deben á su genio, ó como dice Newton, á su paciencia.

Los descubrimientos pueden ser resultado de la casualidad; pero si se consulta la historia de la invencion, llegáremos á convencernos de que por lo regular es deudora la humanidad, á la paciencia constante en el trabajo, de las invenciones que le han procurado beneficios mas eficaces y positivos.

Daguerre, á quien desde la infancia arrastraba su vocacion al estudio de la pintura, y cuyo carácter ardiente y tal vez algo poético no podia circunscribirse al estrecho terreno de una superficie limitada, como la del lienzo en el bastidor, entró en casa de Degotti, pintor italiano, á quien se habian encargado las decoraciones del teatro de la *Opera*.

El maestro era lento en la ejecucion de lo que su talento le inspiraba; pero supo apreciar el ardor, la prontitud, la perfeccion con que el joven discípulo traducia sus pensamientos y concepciones. Era preciso que las ilusiones del arte dramático siguiesen, en el dominio de la realidad, las proporciones de la ciencia, y sus cálculos debian realizarse por medio de procedimientos técnicos; en una palabra, era indispensable aplicar la ciencia á la industria, y elevar el trabajo material por los descubrimientos del arte.

Daguerre se entregó á un pensamiento, y llegó á triunfar de los obstáculos que desde luego habia previsto: quiso buscar, y penetró en los misterios de esas combinaciones estrañas y sorprendentes, cuyo fundamento es la luz, y que todavía no han concluido, supuesto que la luz eléctrica sigue aun sujeta á la ley de las innovaciones y del progreso.

El arte de las decoraciones se hallaba en la infancia, pues se buscaban los efectos en la aglomeracion de colores, y ni la luz ni sus prodigiosas variaciones eran objetos principales de estudio para los artistas. Daguerre intentó buscar en la luz la realizacion mas aproximada posible de los efectos de

la naturaleza, y eligió una escena en que le fué permitido aplicar libremente las ideas que fermentaban en su imaginación. El profesor consiguió en el teatro del *Ambigu-Comique* los resultados que hicieron una revolución en su arte.

Todavía se recuerdan los efectos de luna en la decoración de *Calas*, y los telones del *Sueño*, del *Belveder* y de los *Macabeos*. Este solo era el principio de la carrera que Daguerre se proponía seguir.

El 11 de julio de 1822 llenaba los bulevares una multitud inmensa, dirigiéndose á un establecimiento nuevo, cuyas maravillas encomiaban algunos espectadores privilegiados que de él salían. Era tan grande la ilusión, que nadie osaba creer lo que veía: parecía, en efecto, que después de entrar en aquel edificio, que llevaba el nombre de *Diorama*, se había abierto una ventana, desde la cual llegaba á contemplarse el inmenso y pintoresco *Valle de Sarnem* de la Suiza: poco después se presentaba delante de los espectadores una iglesia gótica, cuya campana excitaba á la oración; porque no era verdaderamente un lienzo, no era un cuadro lo que se veía, sino la misma *capilla de Holyrood*.

Nada puede espresar las emociones que produjo en París tan extraña y admirable invención: en 1822 resolvió Daguerre el primer problema de las ilusiones más fuertes, sorprendiendo los secretos de la luz.

Por espacio de quince años presentó el artista al público espectáculos curiosísimos. Todas las combinaciones, desde los efectos más sombríos, como las bóvedas interiores de *San Estévan del Monte*, hasta los más brillantes, como la perspectiva del *Templo de Salomón*, llegaron á realizarse. París admiraba esta conquista del arte, esta victoria sobre la materia, cuando un incendio devoró las hermosas vistas del Diorama.

Pero Daguerre no se confesó vencido, y si el fuego quiso vengarse del audaz descubrimiento de aquel *Prometeo de la luz*, no logró contener su voluntad, y la luz quedó cautiva: Daguerre forjó sus cadenas inventando el *Daguerreotipo*.

La fotografía es uno de los descubrimientos más maravillosos é imprevistos. Leonardo de Vinci, el gran pintor del renacimiento, fijó su primera base con los primeros principios de la teoría física de la visión y con el fundamento de la *Cámara oscura*. Esta es efectivamente el punto de partida que fija la luz por medio del *Daguerreotipo*. Nadie ignora lo que es este curioso aparato, por medio del cual, los rayos luminosos, después de reflejarse en un espejo inclinado dispuesto en la parte alta de una especie de chimenea, atraviesan un vidrio convexo y reproducen las figuras de los objetos en el papel del dibujante.

Leonardo de Vinci descubrió esta propiedad á fines del siglo XVI, y cien años después un físico italiano, llamado Porta, perfeccionó, ó más bien aplicó lo que el gran pintor de Francisco I no había hecho más que indicar.

Existe una sustancia cuyas propiedades son muy curiosas: hablamos del *cloruro de plata*, llamado por los alquimistas *luna córnea*. Es un polvo blanco que se forma cuando se mezcla una disolución de sal marina con otra de nitrato de plata. En el momento de su preparación es blanco el cloruro, pero solo se conserva así en la oscuridad. Si se le espone á la luz, ennegrece, y tanto más pronto, cuanto mayor sea la densidad de aquella. Resulta pues de dicha propiedad que si se cubre un papel de una capa de cloruro de plata y se le espone en la Cámara oscura, reproduce con todos sus pormenores la figura que cae en su superficie. Estas dos acciones, la formación de la imagen ó objeto por medio de la Cámara oscura, y su impresión por el clo-



Daguerre.



Gran taza de malaquita del principe Demidoff.

ruo de plata, reasumen toda la ciencia de la fotografía.

Wedgwood y Humphrey Daoy habían hecho en Inglaterra aplicaciones semejantes, pero todas estas tentativas eran tímidas é incompletas, y el verdadero estudio de las facultades del cloruro no dió principio hasta el año de 1827 por los ensayos casi simultáneos de M. Daguerre y de M. Niepce, antiguo oficial retirado en Chalons, que se entregaba con buen éxito al cultivo de las ciencias. Este mismo se había puesto ya en relaciones con la real sociedad de Londres, á la que dirigió en 1826 una memoria de sus trabajos fotográficos.

Al mismo tiempo no descansaba Daguerre, y estos dos artistas seguían sobre los mismos datos un descubrimiento que debía unirlos para alcanzar la misma gloria. Un óptico de París, amigo de Niepce, enteró de los trabajos de este á Daguerre, y al punto se entabló entre ambos una correspondencia seguida. Enterado Daguerre de los procedimientos de Niepce, desde luego conoció sus inconvenientes, y estos fueron vencidos por su constancia.

Los sabios acogieron admirados el increíble descubrimiento del artista. En una sala inmensa del palacio de Orsay esplicaba Daguerre en 1839 á un auditorio compuesto de grandes inteligencias, de elegantes señoras, de literatos y de artistas, los procedimientos que empleaba, y en pocos segundos nos presentaba planchas argentinas, en las cuales, al paso que hablaba, á vista de todos se reproducían el puente Real, los baños de Vigier, las Tullerías y algunos carruajes parados, que había podido abarcar, en aquel trabajo espontáneo y vivo de la acción de la luz, con el vidrio de su maravilloso instrumento, al cual se dió por aclamación el nombre de *Daguerreotipo*.

El gobierno, enterado de este descubrimiento, concedió á Daguerre una pensión de seis mil francos, y otra de cuatro mil á Niepce, hijo; M. Arago por su parte elogió con ardor y entusiasmo un hecho que proporcionaba á las artes un medio de propagación poderoso y decisivo.

Para copiar los millones de millones de jeroglíficos que cubren exteriormente los grandes monumentos de Tebas, de Menfis y de Karnak se necesitarían siglos y legiones de dibujantes: con el *Daguerreotipo*, un hombre solo llevaría pronto á cabo esta inmensa operación.

Y con todo, la ciencia fotográfica no había llegado todavía á su último escalón; en 1834 proseguía un físico inglés la realización de los procedimientos, aplicándolos al papel, y no solo obtenía M. Talbot una fiel reproducción de la Cámara oscura, sino que multiplicaba indefinidamente la primera prueba, sirviéndose de esta como de una plancha grabada. Imposible nos es entrar aquí en pormenores acerca de los agentes empleados por este artista, porque esta es una parte teórica de la fotografía, que solo puede tratarse larga y especialmente. Unicamente diremos que el método del físico inglés pareció muy complicado, pero avivó el entusiasmo de los fotógrafos, y la ciencia se ha enriquecido con los descubrimientos definitivos de M. Blaquart-Evvard, que ha dado á la fotografía el último grado de perfección.

No hay necesidad de enumerar los beneficios que el arte puede deber á la ciencia de que hablamos: lo único que falta es la aplicación de este arte á la industria. Hasta hoy ha sido la fotografía demasiado costosa; pero hace algún tiempo que los progresos, hechos sobre los datos suministrados por M. Blaquart, son tales, que se acerca el momento en que la fotografía rivalizará con la imprenta y con la litografía.